

con acento

## Alumnos desesperanzados

Marisa Regueiro

Escuchar a los alumnos universitarios puede resultar descorazonador y muy triste, pero es necesario atender a sus razones. Tienen miedo al futuro, se lamentan –y con razón– de lo incierto del mundo laboral que se les ofrece como posibilidad de desarrollo, de las trabas endogámicas para conseguir un empleo, de la precariedad de las contrataciones; e incluso de su escasa formación. El discurso docente suele darles la razón en este último sentido: la queja de la cada vez más insuficiente formación con la que llegan a los claustros es generalizada. Pero los alumnos se sienten abandonados a su suerte por sus profesores, que no siempre se preocupan realmente por su futuro.

En los buzones de muchos profesores ha aparecido una carta firmada por un anónimo *Caballero de la triste figura* en la que estos sentimientos toman forma de reclamación, que a muchos podrá irritar, pero a la que no falta razón. Piden, entre otras cosas, un ejercicio responsable de las funciones docentes, cumplimiento de tutorías incluidas; sustituir la monótona repetición de apuntes, que se olvidan fácilmente tras exámenes

rutinarios, por trabajos de investigación que no acaben siendo, en el mejor de los casos, leídos por becarios sin cualificación; bibliotecas mejor dotadas; atención a sus intereses y potencialidades, frente al anonimato generalizado...

Reconocen que no todos los docentes ejercen sus funciones con el único incentivo de preservar su sólida posición vitalicia; pero también afirman que la tónica general está más cerca de la comodidad que del afán generoso por orientar y formar a los profesionales del futuro.

Se habla mucho de las deficiencias de la universidad pública española, y no estaría de más, en esta época de reformas –nadie duda de que son necesarias y urgentes, pero no hay consenso en cuanto al cómo de las mismas– escuchar también a los destinatarios primeros de los esfuerzos que se anuncian. La sociedad no puede permitirse dilapidar recursos económicos y menos aún humanos, sin escuchar lo que preocupa a los verdaderos protagonistas de su futuro: esos jóvenes que se sienten sin esperanza, desmotivados, desoídos e ignorados. Nada hay más triste que un futuro desesperanzado. ■